



La Fuga

anticuento de

ANTONIO MIRANDA

Ilustración de Roland Grau

Traducción de Lucrecia Manduca

Impreso originalmente em Caracas por Tip. Remar, marzo 1969

A TÍTULO INTRODUCTORIO

Si la verdad puede ser dicha, si la sinceridad todavía cabe, señores, debo confesar que amo sin resistencia aunque me cuesta amarla, amo también a mi novio por igual. Amo a ambos, por más que me excluyan: los que se dicen amar están poseídos del extraño comportamiento de exclusión, se omiten, se defienden, y es de mí que ellos se defienden como la gallina defiende a los huevos que empolla porque manos extrañas pueden malograrlos y hacerlos perder definitivamente. En odiarme está una parcela del amor que me dedican y aún de esta forma contradictoria yo les soy útil y con ese placer resiste a la terrible evidencia de perderlos definitivamente.

-Es verdad, señores, juzgamos ser verdad que el odio que le profesamos de alguna manera nos impele a protegernos. Por lo menos en ese odio acertamos, al odiarlo nos convencemos de nuestro amor y de nuestra afinidad. Que lo diga ella que es sobrina de él y que, más auténticamente, tiene su odio justificado.

-Es verdad: yo siempre lo amé, lo imité siempre, me hice a su semejanza, me calqué en sus ideas, imprimí en mí lo que en él había de real y grandioso – porque él es un ser único, señores, y porque lo odio puedo afirmarlo, como el condenado está exento de motivos para amar al juez y sin embargo lo ama, y ésta es una forma integral de amor – de la misma forma yo les diré que siempre lo amé por su grandeza, hasta que lo desfiguré de tanto copiarlo: lo que de él quedó era inútil, abyecto, y mi primer cuidado sería el de destruirlo.

Estoy siendo incoherente: ¿cómo destruir si nada o casi nada restaba de lo que era? De la misma forma que el hijo odia al padre, o piensa amarlo, yo me dediqué a matarlo porque esa sería mi forma particular de ser libre. Exacto: vivo, mi tío me resulta incómodo, como les sería incómodo a ustedes mirarse en un espejo y ver su verdad deformada, sí, porque lo que de él sobró no es nada de lo que soy o acepto. Y mi fórmula personal de matarlo es a través del amigo, he aquí por qué a ella me integro sin mayores reflexiones; he aquí por qué amo a ambos cuanto más me odian, porque está en mi amor la correspondencia ideal – el ojo que contempla inversamente por la retina abierta a la luz del día – al amor por llave algo bizarra del odio que en vano me dedican: pues su odiarme se aman. Y se justifican.

-Mi joven novia, debo confesarles señores, ya que no la conocen tan bien como yo la amo: ella es menos lo que dice que lo que hace. Si no fuera así yo la amaría menos. De la misma forma que el mar es más caliente en el invierno para quien sale de él. Ella sale de mi siempre dispuesta a no regresar. Así es que viene a la cama, entrada la noche, el gallo cantando en algún muro de la memoria, se desnuda mientras las flores crecen en la obscuridad del huerto, ubérrimo, y se coloca a mi lado, para que yo la posea en los estertores de la noche, con toda la avidez del que parte a la guerra sin derecho a regresar.

Amados, sudados, el tío inflexiblemente contemplándonos con sus ojos de oscuros designios, exhaustos, yo lo abandono llorosa, sin memoria, de esa obscuridad insondable y me deja postrado, vencido como a un toro abatido por sorpresa en los primeros rayos del día que penetra por la ventana, mis ojos hinchados, el afirmarse de la mañana en su incendio matinal.

"Estuve toda la noche pintando y fumando. Pinté dos adolescentes incautos poseyéndose en la noche. Cuanto más detalles yo les agregaba, más densa se hacía la acuarela, huían de mi dominio dejando sus rastros oscuros y aquí está el cuadro terminado: negro, inescrutablemente negro, oxidándose en el sol indiscreto e inclemente de la mañana, que se agudiza".

DE CÓMO NOS CONOCIMOS

Viene de lejos nuestro conocimiento: de lo que el tío me contaba de ella, de mi antevisión, de cómo la creaba en pinceladas vigorosas en el blanco aséptico del papel, tomando figura en tonos y matices que iban, salvo raras excepciones, del negro al gris pálido, débil, de cuyos contrastes yo entreveía en ella un ser ávido de amor, difícil de ser captado en un todo, todavía más en detalles: su naturaleza falaz y esquiva era solamente circundada y esbozada, pero lo expuesto era suficiente para comprenderla integralmente. Exacto: integralmente, en conjunto, ya que es imposible asociar y comprenderla en detalles. Me cuesta pintarla, es cierto, tanto como a ella debe serle difícil explicarse, como cuando viajamos por una calle y damos con un entroncamiento de vías y todas tienen nombres diferentes y llevan al mismo lugar, en un viaje en círculo, una fuga en círculo.

Me fascina circundarla, aunque imprecisamente, con esos trazos y yo la posea, ella, que presente es todavía más difícil de ser vista, más todavía se la amamos.

Siendo mi novia me cuesta juzgarla, pero tendré el cuidado que tienen las madres cuando reconocen a sus hijos en medio de una docena de otros, tendré el cuidado de juzgarla como si la amase en los trazos de los dibujos del tío y que me fuese posible, entonces,

levantarla por la mano y buscar el ángulo más propicio. Juzgar al pintor es también difícil: la gente sabe que es intraducible lo que sentimos, que las palabras siempre se apartan más de lo que juzgamos y de lo que esperamos de nosotros. Entonces decimos, después de pensarnos toda una noche despiertos, después de leer todos los libros especializados, entonces confesamos que nada tenemos que decir o que está dicho lo más que podríamos decir: de la misma forma nosotros lo odiamos, de la misma forma yo los amo, yo los crié con mis pinceles, mis noches de vigilia, yo que los coloqué en el mundo sin las torturas del parto, cómo habrá Dios parido a su Hijo máximo. De la misma forma debo resguardarlos, aunque me odien, porque en el odio que me dedican se realizan y se completan, siendo yo la hipotenusa del amor de ellos, indisoluble.

EL JUICIO

Ya les dije: ella me abandona como a un toro abatido, preso de la exaltación del orgasmo, pasa por el cadáver y va a dormir tranquila porque ya la poseí de tal suerte que tendré que abandonar el cuerpo que se dio, y somos entonces la negra acuarela que yo pinto durante la noche insomne, fumando e indagando las razones del gesto. ¿Cómo juzgar, señores? Les pregunto: ¿cómo juzgar?

Queda de ella la fragancia de la piel ausente, y esta es una idea romántica, pero soportable. Mi novia es saludable, tiene buenos dientes y es irreverente cuando es necesario, aunque sepa recitar su discurso convencional y hacer pose dentro de las estructuras exigibles. He aquí por qué ella es menos lo que dice que lo que hace, tal como nosotros, en lo que no se distingue. Es verdad, señores, de tal manera memoricé mi discurso que me sale cómodamente y hasta

con alguna autoridad, con sentido. Es que nosotros usamos la forma que cabe usar, sea ella o yo, y huir es imposible. "Es la ley", fue lo que dijeron los señores de la ley. Ley tan antigua que ya sabe a cualquier verdad incontestable. Así la amamos nosotros: él porque la creó, yo porque la poseo aunque en vagas circunstancias.

Cuando la mañana estalla por la ventana y nos advierte la verdad que somos y de nuestra imposibilidad de huir, toda una angustia de libertad se nos asoma. Y es comprensible: del éxtasis pasamos a la certeza de que permaneceremos comunicables, si no siempre, por lo menos eternamente. Quiero decir: que a veces pensamos comunicar, pero en general permanecemos mudos. Por más que hable nuestro cuerpo poseído de amor y curiosidad, por más que nos juzguemos felices una fracción de eternidad, eternamente. Juzgar es, pues, difícil, si no imposible. Digo: juzgar el todo. Cómo juzgar, señores, si las cosas, aún cuando se repiten, no son las mismas, el río ya no es el mismo, cómo eludir el tiempo que dormita sobre las cosas, la planta germinando, nosotros continuamos esperando el autobús, por donde él no pasará porque es preciso juzgar. Ella me abandona y me fulmina con las luces de la mañana que violan el cuarto en que nos amamos, degradaciones de luz. Perplejo, ella se aparta, el tío pinta con un negro insondable, intrascendente. ¡Bien, qué sea!

DE NUESTRAS RELACIONES

La novia, el tío, el novio. Una realidad palpable, revolcándose en el espacio comulgante: y en la xifopagia que se improvisa de ese substituirse en el vacío del tiempo y del espacio es que ellos aperciben el por qué de relacionarse. Y cuando saben, se aman o se

odian, los techos llenándose de musgos y de arañas tejiendo sus redes caprichosamente, vestidas de su vómito luminoso.

-Yo la amo y la presiento mía y cuando doy a entender que la poseo, cuando yo creo ciegamente que ella depende de mí, yo lo abandono como a un toro abatido, porque esta es mi forma de poseerlo, como es también odiando mi tío que más amo (a ambos). Depositado en ella ya no soy más y yo me voy porque ya no lo necesito, y lejos, como el buey, o la vaca, que rumia, germino o pienso germinar lo que él es ahora en mí.

Es verdad que antes de ella él era solamente mío. Y cuanto más lo quise más asco tuve de mí, hasta que me valí de ella para aplacar su odio, destruyéndolo. Y en amarla, él se consume. Lo que resta ahora son apenas esos dibujos que riega en la cama vacía, vacía de él. Reside ahí cuánto yo lo poseí, después de crearlo. Me nació vestido y yo lo desvestí con mis manos firmes y lo que contemplé, sin espanto, pude gozar en todos esos dibujos que produje últimamente. Era mi manera de perpetuar.

Nada recuerdo de lo que él me amó sino en el odio que le dedico. Y reteniéndolo siento que lo estoy podando en mi tío, y que él, con el brazo único, insiste en recuperar cuanto le robé, porque yo me hiciera a su semejanza, a la sombra de su grandeza y deberé robarle todo hasta edificarme enteramente.

La novia, el novia, el tío. Con quien estuviese, yo lo amaba. Fíjense bien: con quien estuviese yo lo amaré. Da lo mismo: que las criaturas proseen sólo cuando pierden, porque poseer es tener conciencia de poseer, es perder.

-Yo siempre lo amé, aún ahora que él se unió –esta es la palabra – que él se ligó a ella. Conozco todas las formas de su cuerpo, aún en la obscuridad, porque yo las memoricé todas de tanto copiarlas. Conforme evolucionaban (yo lo conocí en plena transición) yo las captaba con mis claros pinceles. Esa era mi manera particular de poseerlo: no lo efímero, sino dándole una intemporalidad plástica que le quedaba bien y era tal que yo conseguía que al reverse en los cuadros él ya no se conocía, como no se reconoce el hermano que no tenemos o el acto que recién cometimos. Al contemplar lo que yo pintaba ya no era, y fue ahí que tuvo origen su odio: por la medida que yo daba de su transitoriedad. Y no hay nada que él ame más que la vida que vive y, contemplarse en mis cuadros, le da la sensación absurda de estar muriendo, de que el tiempo fluye independiente de su voluntad.

-No, yo no tengo miedo de la muerte, no tengo miedo del tiempo que pasa, ni tengo miedo del tiempo que vendrá. Vivir es sumamente agradable. Temo, seso sí, contemplar lo que viví. Ahí está la medida rala de la muerte. Sus cuadros son, pues, inútiles. No consiguió realizar uno solo de los retratos que se propuso: yo no me reconozco en ellos, nada tienen de mí. Vea, por ejemplo: yo vine de lejos, de tan lejos que no sé de dónde vine. No tengo en el bolsillo más que las moneditas que ella me dio. Para ella las moneditas no tienen sentido. Para mí, sí. Las guardo en el fondo del bolsillo. Una a una. Después abro una cuenta en el banco. Después una red de bancos. ¡Estoy irremediablemente perdido! Con el dinero que junté intento comprarla. Ella entonces dice que no precisa de dinero par amarme. Yo sí preciso. Como no tengo, pido el de ella y lo voy juntando en el fondo del bolsillo para devolverlo en la ocasión oportuna. Cuanto más estoy con ella, más moneditas gano y más la amo. De la misma forma el tío guarda los cuadros que pinta y en ellos perpetúa – ¡qué pretensión! – lo que cree haber participado, yo guardo moneditas. ¿Qué guarda ella?

-No guardo nada. Me voy dando enterita, impudorosamente. ¿No es cierto que te visitó algunas noches<

-Después se va como quien abatió la caza, y fue inútil la caza porque pronto se pudrirá.

El claro día de los tres: la playa, el sol que entra por la ventana y se pregunta sin esperar respuestas. *"Lo importante es formular preguntas, las respuestas son imposibles"*.

-Es verdad, señores, yo la amo sin reservas, no tenemos verdades parciales, propias, individuales (y son las únicas posibles). Yo lo amo como al trofeo que tengo sobre la chimenea, la araña tejiendo mantos, la playa blanca.

-Recuerdo que también es cierto que él vino de lejos y yo lo amé tan pronto penetró en mi cuarto y se quitó la ropa y los pecados y la memoria, y me dijo: "píntame", dije yo y yo lo poseí aquella noche y pasé sobre su cuerpo amándolo, como si acabase de matar al toro que yo amaba.

Éramos los dos, en principio: él se desnudaba y yo copiaba cada forma de su cuerpo. Cuando llegaba a la última, la primera ya no era la misma y yo reiniciaba con mayor entusiasmo, como si yo captase el tiempo, la araña tejiendo mantos y mantos, yo captaba su naturaleza polimorfa, irreconocible. Ahí está: irreconocible. Volvía a pintar, a dibujar y a retocar lo que hiciera, línea por línea, trazo sobre trazo, la araña bordando nuevos mantos luminosos, pero yo no me reconozco en esos retratos, mi querido pintor, es inútil, nada soy de lo que pinta, sólo sé que odio cada nueva tentativa de pintarme. ¿Cómo se atreve?

La mejor forma de captarlo es como yo hago, poseyéndolo y abandonándolo como quien abate un toro. Es inútil, inútil, la araña, indiferente, compone su colcha de vómito. Primero en este rincón, después en aquél, en el otro, une colcha con colcha, enmarañando todo, uniendo, hasta que el cuarto es una colcha entrelazada y brillante, muslos, el sol entrando por la ventana, ha nada somos de lo que fuimos, o casi nada. De nada valen las moneditas que él juntó, los cuadros que pinté, ni tenerlo abandonado en la oscuridad del cuarto, después de manosearlo frenéticamente. Divertido: "manosearlo", es lo que siento siempre que ella me toca y me deposita moneditas en el bolsillo, mientras lo amo y voy rumiando como si fuera una vaca apacentada y calma.

La novia, el tío, el novio. El día era claro y sin horizontes firmes. La playa, olas sordas, el espacio azul y arena tibia y gruesa bajo nuestros cuerpos. A nuestro lado el abominable tío, espiando. ¡Él no se aparta de nosotros! Sus ojos hambrientos recorren mi cuerpo con el hambre del recuerdo de que nací de él, ella se recuesta en mí y su piel es fina y lisa y fría: el tío es sólo asco. Es verano. El cuerpo de ella, al sol, es una pila incandescente. De noche, cuando me visita, todavía transmite ese sol que cuidadosamente guarda en el cuerpo. Y va dejando moneditas.

-Vine de lejos, señores. Ella me abrió su puerta. Perdónenme: primero fue él. Me quitó toda la ropa, la primera piel tímida y él me poseyó con sus pinceles, y sintiéndome desmoronar, trasladándome a sus cuadros irreconocibles, sólo me quedó odiarlo. Fue cuando ella surgió con su aliento de vida y para ella me salvé integralmente. Me cuesta comprenderlos porque yo vine de lejos. De donde vine soy atávico. Hablan en mí voces extrañas que ellos no reconocen. A mí

me cuesta reconocerlas, lo confieso, pero las recito sin gran esfuerzo porque no depende de mí proferir tales palabras. Recito, por ejemplo: *"vengo de un mundo enladrillado en columnas. Todo allí tiene su lugar establecido. De tal suerte que mudar la posición de los ladrillos es tarea indómita. Córrese el riesgo de desmoronarse"*. Yo lo entiendo, confieso, apenas lo amo, estas cosas ininteligibles me irritan: por perderse en ellas. Mi voz es clara.

-Pero yo vine de lejos, señores. Tengo que decir que vine de lejos.

-Pero no lo oiremos.

DE DONDE VENIMOS

-Vine de lejos, por los caminos alcalinos, bajo el sol más calcinante. Vine por los libros de la infancia, por el castigo del miedo, y por las manos de los que me condujeron a la rebeldía de toda voluntad personal. Vine por los empedrados del sueño, vine sin ofrecer resistencia. Vine por las trillas de la memoria, bufando, toda voluptuosidad, obstinadamente, cucarachas de ahora, la araña tejiendo mantos luminosos, paletas y tintas húmedas, yo lo poseo despojado de toda memoria y lo abandono como a un toro abatido.

Vine de lejos, por los agrestes caminos, bajo la luna fría de los desencantos. Todas las esquinas terminaban súbitas, abismos insondables, y las paredes del mundo amenazaban desmoronarse. Soportéles el peso con algún orgullo. Por las ventanas cerradas, por frases indiferentes. Vine por los paralelepípedos poliedros del puente del susto y yo lo recibí con la albura de mis pinceles incandescentes. Yo lo retuve.

-Vine es cierto, sin prisa porque de otra forma no sería posible atender a las voces inquisitorias del camino. Vine, pues, como un exegeta, pero despreocupadamente, acumulando selectivamente. Saltando fosos, abriendo ventanas y dormitorios bajo los puentes que sustentan la noche, por las monturas y fosas, por las calles de nombres impronunciables (por bocas bien nacidas). Es cierto, señores, me perdí, pero todos los caminos traen al mismo lugar: hay caminos rectos y también laberínticos – va aquí la memoria de las perdiciones paganas de los grabados moralistas. Sumé a la piel todos los aires respirables, hoy respondo al más tenue soplo, aún a las más sutiles miradas, porque epidérmicamente también entreveo como presiento los peligros, y los selecciono; aprendí a enfrentar los peligros entregándome integralmente. Soy, es cierto, tan cautivo como un pájaro que dejó la jaula y va buscar comida y no la encontrará, habiéndola en la jaula que dejó. Muéveme un gesto atávico, señores, por más que yo me emancipe, que grite improperios y salte en el abismo de la vida, abierto de par en par: e irónicamente; en vano tanteo la obscuridad buscando respuesta: quedo preso a la impropiedad de las palabras, a toda extemporaneidad anímica, porque habla antes de mí lo que no tiene voz racional y resulta casi siempre que persigo la imagen de lo que deseo ser, o sufra entonces el desajuste; por cuanto se es, antes, un caleidoscopio de incongruencia, sujeto a las más absurdas variaciones que la imagen que pretendemos ser.

Así es que vine por caminos sombríos, estrechos, espinosos, la araña tejiendo mantos, yo recolectando dinero, inclinándome y sujetándome a todo vejamen; cómo explicar que me agache para cogerlas, sino que me expongo cínica y concienzudamente a que den puntapiés en cambio, porque amándome sabe que dispone de mí integralmente y, he aquí, señores, por qué lo abandono, tan funcional es, para poder juzgarlo, si él es el acto que practica.

-Vine a los empujones. Por la comisura de los labios, pronunciando lugares comunes; mirando de soslayo porque es de un coraje inaudito mirar de frente, las cosas no son nada de los que muestran. O son, si las admitimos. Si no, veamos un ejemplo (ustedes tienen, por cierto, mejores ejemplos): fui al banco a depositar las moneditas de mi novia. Busqué al gerente, ya no era gerente, ahora era jefe de contaduría, en el cuarto piso, a donde me dirigí. De allá me mandaron, sin grandes explicaciones, a la mezanina, porque ahora él era supervisor general. Pero tampoco lo era ya; tuve, pues, que descender por las escaleras frías del banco para buscar al hombre en el subsuelo, allí estaría a servicio, según me informaron, pero tampoco allí se encontraba. Estuviera de vacaciones, en el servicio externo, en conferencia, ya era hora de cerrar el banco. Regresé por las calles indagando por la ausencia del gerente, tocando las moneditas en el fondo del bolsillo, la araña en su tela luminosa. Las cosas no son nada de lo que juzgamos, o son: da lo mismo: ya no serán, para nosotros, imprevisibles como somos.

UN CASO TÍPICO

-Veamos como ella se comporta frente al amor, o lo que se entienda por ese nombre.

La semana pasada, o ésta, o en la próxima, estuvimos en una tienda de discos. El muchacho que nos atendió tenía sus ojos sobre los míos. Ella me llamó la atención sobre eso; ojos verdes, querido, títo de seguro los querría para modelo. "Son novios". En la noche, el tipo apareció en nuestra mesa con los discos que ella compró. Lo vi desde mis pinceles, como buscándole el mejor ángulo: ojos infinitamente

verdes, los pómulos pronunciados, los labios carnosos. "Por qué ella convidó". "Por cierto se divierten conmigo, son tan extraños!"

Estuvimos horas y horas callados, mirándonos. O bailábamos. Escuchábamos el silencio, el tiempo pasar, mirándonos interrogativamente. De nada valdrán las palabras, las respuestas serían inútiles. En tales circunstancias la verdad no sería reconocida. Me preguntaba por qué ella lo habría invitado. Por qué ella me llamó a su casa, siendo novia, habiendo notado que lo miré al fondo de los ojos. Mi tío lo contemplaba desde toda esquina con el incontrolable deseo de sus pinceles, acabó poniéndolo, desnudo, sobre la silla sin respaldar y era grácil su silueta en la penumbra de la noche. Disecado, analizado, supo buscar la posición más tolerable. Su cuerpo inmóvil. Dormitado, sufrido y medroso, ya no tenía sentido allí. Saldrá de aquí el mejor de mis cuadros, cierto, mi último cuadro es siempre mejor que el anterior. Yo me renuevo continuamente en cada nuevo modelo. Es cierto que traigo en los trazos la influencia de los modelos anteriores. Es cierto también, y no raro, que haya pintado en un cuadro un rostro del anterior, o así desee hacerlo. Lo importante es tener las manos siempre ocupadas. Lo importante es saber que el gesto vale más que el producto, que el modelo vale más que el dibujo. Damos por terminado el ciclo de las obras completas, cerradas, obras de museo. Así pensaba. Pudiese él fundir todos los modelos, todos los dibujos! Qué imperfectas son las criaturas humanas: a cada una le falta un brazo, un ojo, un gesto, un ángulo. O no falta ahora y falta después.

Su cuerpo, la brisa que venía por la ventana lo erizaba como si sintiese en la piel todo el asco de los dedos del pintor que apenas lo miraba sin osar tocarlo. Le costaba mantener aquella posición, firme, inmóvil, el cuerpo ya le dolía y le abatía una súbita angustia. Por qué, finalmente, por qué. Ellos son novios, las criaturas humanas siempre se aparejan, es ya un paso, ya es avanzar. El mundo es un

ciclo continuo: yo devoro al bicho que devora la planta que devora al mineral, estamos siempre devorando y nuestra hambre no tiene fin, porque nos devoramos continuamente, y nos alteramos sin remordimientos. Somos todos funcionales. Poco importa el uso de que nosotros hagamos, estamos predestinados. El tío devora a la sobrina que devora al novio que me devora y todos somos devorados, sin protestas. Mas bien alegremente.

-La ventana es nuestra participación en el mundo, nuestra única vía de acceso.

-Todo está dispuesto según un orden. Los que son devorados son los que más se reproducen.

Todo el cuerpo le dolía. Heríanle en la piel las miradas del tío, todo su asco, nosotros lo odiamos (nos amamos), clava sus pinceles horribles en la piel del joven y le chorrea la sangre.

-“Tiene ojos verdes. La piel es de un bronceado que sólo los jóvenes pueden ostentar”.

-“¿A qué vine yo?”

Revivió, de momento, toda su existencia. posándola, escrupulosamente, mientras estaba desnudo sobre la balanza. Las pinceladas vigorosas se sucedían en el blanco de la hoja y él se transplantaba, trascendentalizándose. Transponiendo las barreras estrechas de ego. Pasaría al dominio público. Ya no era sino una propiedad lejana, expuesta y micrometrada. Primero le salió un brazo, luego la pierna, el rostro, el miembro sexual en forma etérea, abstracta, algo indefinida, tal vez por inhibición del pintor. En el cuadro su rostro tenía algo del novio, algo del cuerpo de la

novia, del deseo del tío, ni era un cuerpo, eran trazos, eran matices plásticamente ordenados, y simbólicos.

La brisa de la noche fue penetrándolo suavemente, congelándolo. Era un ser en condominio. Imprevisible. Se fue perdiendo, conducido. Olvidóse en aquella posición minutos, horas, días. Hasta que el frío lo congeló, el calor lo fosilizó, las miradas lo petrificaron, sacaron de él todo, lo devoraron. Era ahora una estatua, era un cuadro, era nada.

EL VIAJE

Súbito, hizo las maletas. Partió. En avión, o en tren. En autobús. Fueron detrás de sí mismos, sin una ruta posible, por las trillas tropiezos tuercas, el día naciendo por detrás del horizonte en el mar, anhelante, posadas del raciocinio.

Todo lo veían, lo fotografiaban, más bien presentían, escogiendo y fijando, (x km) todos los caminos llevan al mismo y único lugar. Huir no tiene sentido real.

RELATO DE VIAJE

Como las lagunas, que fotografiadas, no tienen belleza, se hace necesario decorarlas con árboles y barcos o castillos y fortalezas. Apoyarlas en el hombre. Como las playas que no son bellas si están deshabitadas o sin palmeras, el mar sin peces. De tan azul el cielo

prolongábase el horizonte: montañas, valles, maizales, verdeazul, el cuerpo adormecido por las horas, en el autobús, en el avión.

Dunas y dunas, a lo lejos, mal plantadas, como las olas fosilizadas, el gesto detenido, la maciza angustia: postrado (**dunas**), el rostro inclinado y todo el peso de su memoria curtiendo el insomnio, el agua transparente y la refracción de la luz. Es un engaño!

Aquí un villorrio reluciendo al sol su cal, un monumento sin sentido para quien llega, un viejo puente en el terreno o en la tarjeta postal. Masturbando ideas, sin comprenderlas. Había en él la excitación y la prisa de los escritores jóvenes, que enrollan los mínimos detalles hasta enmarañarse en ellos, apasionados por el ritmo, por la sonoridad de las palabras y pensamientos rebuscados y exactitudes gramaticales.

-Soy incapaz de mentir: cuando hablo, rumio: revivo saboreando palabras, y es común (**arena**) que yo me deleite en el contemplar de lo viví más de lo que estoy viviendo; reconstruyo el intrincado momento vivido (**un río**) y saboreo en los otros más que en mí, en mi novia "lo comprendo" (**la montaña**) y saboreo también el sentido total de lo que expone, porque es importante relatar, porque es incontrolable esa necesidad (**un árbol perdido en el pasto**) de expresión, por más fallas que sean las palabras, por poco que transmitan, nuestro cuerpo se completa, comunica y complementa el paisaje (**el muro**).

El paisaje desde el autobús: en planos bien distintos - el centro, firme, y direcciones opuestas.

De la ventana de autobús, el paisaje en movimiento: las márgenes regresando; del fondo, montañas avanzando.

Desde la cámara fotográfica el primer plano es violento, voluptuoso; el centro, con su acento, es el propio equilibrio.

Entretanto, seguimos, masticando, entorpecidos.

Si bien van, están quedando, habiendo un eje en esos semicírculos opuestos del paisaje, cuando es ella vista de la colina o de la frase; las palabras sofocan y nos perdemos en los meandros del pensamiento. O nos salvamos.

INDAGACIONES DEL SER

Eran tardes templadas, asfalto, esquinas; periplo, planalto, aeroplano, pampero:

-¿Practica usted el canibalismo?

-¿Ya visitó Ud. El palacio, ya estuvo en la iglesia, vio las niñas en la plaza?

Preferiría la quietud del cuarto, vigas a la vista, el sol entrando por las aberturas en rayos oblicuos revoloteante de polvo, respiremos, la cama en que nos horizontalizamos amando (yo lo abandoné); la fuga es inútil.

Desearíamos los caminos desiertos, meandros de río, plantíos de arroz, inciertos atajos, el cuerpo detrás de la voluntad escrutando el tiempo, veredas emersas de la memoria envueltas en bruma; es de madrugada, las lámparas fracturando la negra noche, sin respuesta, sin escenarios visibles.

-¿Ya usted probó el buen vino de la tierra?

-¿Aprecia los condimentos picantes?

Preferiría las noches negras, los corredores sombríos, los rincones oscuros por detrás de los muebles antiguos, los niños guardando laticas, chapitas, cajitas, detrás de las puertas, en los sótanos, sin admitir compañía. Lo que era suyo entonces, era suyo apenas, de más nadie, hasta que creció, domesticóse, civilizase, me metieron en uniforme, le dieron horarios, compartieron su cuerpo, su tiempo, su mujer. Era ya un ciudadano, guardaba moneditas en el fondo del bolsillo, era novio, reservista, existía, según unos y otros.

-¿Está usted al día con el impuesto?

-¿Usted es cristiano? ¿No es?

La noche era en el momento envolvente, aislante, fuimos recogiendo hasta que nada había delante de los ojos. Una isla humana, sin vecinos, sin puertas y ventanas, en la penumbra de la sala. Apenas oigo el croar de las ranas midiendo la distancia y el infernal rezo de beatas de los zancudos, incómodos ya a la distancia. La convivencia era, pues, enervante. Difícil. Un hombre nunca está solo.,

El hombre se prolonga en el limo de los puentes, en la herrumbre de los rieles, en las quillas de los navíos inclinados como ballenas abatidas. Yo lo abandono.

-Usted, por cierto, trae su diploma, sus títulos, condecoraciones, carnets y recomendaciones. Es imposible viajar sin ellos.

Preferiría antes estar boca abajo, indefenso, apartado de la realidad, incapaz de entenderla sino en detalles. El mejor ángulo era el más difícil, aún para él, pintor.

Quería ser asistente y ya era partícipe.

Huir, imposible. Todos los caminos llevan al mismo lugar, por todos los idiomas y razas, sistemas y religiones. Un paso apenas, cuñado mucho, al frente, en esa loca carrera, sin itinerarios exactos, sin micrometraje preciso, la rebeldía de la voluntad personal presionada por el caso y por las condiciones del momento, del ánimo, juego de las conveniencias.

-Usted, claro está, trajo sus palancas, sus padrinos, sus apellidos, su árbol genealógico.

-Usted es más bien un hombre de carácter que una personalidad. Aquí están las llaves de la ciudad y aquí su programa, sin días libres. Pero no se desespere, usted se acostumbrará: buenos salarios, homenajes, confort y un poder relativo, dentro de las normas, las leyes, las tradiciones y las supersticiones del grupo. Tendrá su retrato en la pared, en el periódico, en los relicarios. Será ejemplo, figurará en Iso "Whos´s Who", ganará premios, llegará a las academias, tendrá reparticiones y encomiendas, será un hombre ilustre, un ministro.

Acordóse del muchacho de la venta de discos, al frío, en la sala, desnudo; mi novia, mis pinceles.

Era, ahora, aquel cuerpo petrificado en la cámara del deseo, en la fotografía, en el cuadro, ávido de revivirlo, integralmente, sin las convenciones absurdas del mundo, sin cielo y sin infierno, sin moral

y sin prisiones, sin familia y sin lógica. Apenas la voluntad materializada en el cuerpo, reviviéndolo.

El cuerpo, proscrito, se transformará en una estatua, en el ideal inalcanzable, en la mesiánica mirada de un deseo condenado. Entretanto, lo amamos, intensamente. Lo amé de tal forma que no sabía hacer uso del amor, porque la pose es la perdición, es el desmoronarse irremediable: que la victoria en el amor es derrota. El amor es el mayor de los egoísmos, pensó, el más sublime. Sin amor no somos capaces de matar una abeja, un puerco. El hombre justifica sus acciones, fabrica sus verdades.

Era, finalmente, un cuerpo cristalizado.

Pensando en cuánto pensar haber vivido, midiendo las frustraciones, satisfecho del mundo que se le escapaba de la mano, por entre los dedos, se recostó en la poltrona del sueño, y durmieron.

EL SUEÑO

Él en la cama, ora el lamentable tío, ora ella, piernas morenas, el muchacho de la venta de discos. Lo que es placer en ellos, en el tío es sólo asco. Tal vez por eso él estuviese vestido y los demás desnudos, la tez morena, viniendo a mí como puerquitos hambrientos, piernas morenas, entumecidos senos, ojos verdes del muchacho de la venta de discos.

Con él, como si estuviese con ella. El abominable tío, piernas morenas, efebos saliendo de los pinceles, mi timidez posando por primera vez, yo vine de lejos, cristalizándose, "no entiendo nada",

labios tibios, ella salía como si hubiese abatido una caza, la pipa abominable del tío abominable. Ella imploraba mis besos, moría dejándome sus moneditas.

El muchacho de la venta de discos sobrevive en el cuerpo de ella. Del abominable tío no se tiene noticias, desapareció para siempre, con pipa, pinceles, con todo lo que nosotros odiamos.

En líneas generales, fue este el sueño que tuve esta tarde, en el autobús, en el avión. Nunca me preocupé por descifrar sueños, que queda a cargo de los lectores habilitados para hacerlo. Sueño medio despierto, medio dormido, el paisaje por la ventana, espejismos, deseos, vertiginosa sucesión de sombras y luz en su rostro, el de ella.

REFLEXIONES DE VIAJE

Falsa pureza, mentirosa integridad. El avestruz con la cara metida en el hueco y las nalgas emplumadas aflorando, desprevenidas. El mundo es el mayor riesgo, vivir es el peligro mayor, y es importante saber cómo perderse. El tío, dibujos mórbidos, lascivos, prurito, y el celo, muslos y muslos, el mundo: dos nalgas biconvexas, la fuga en círculo.

¡Qué extraños designios! ¡Qué curiosos designios! ¡Qué raro instinto!

De niños, juntos vivimos la sensación de la muerte de un puerquito. Fue nuestro primer acto común. El impulso en el espacio, el gruñido sordo y último, el desfallecer en nuestras manos, autores de la

muerte. Un estremecimiento pasó por nuestros cuerpos, la vida estancada y nos amamos terriblemente. El puerquito se hizo pesado e inmóvil, en nuestras manos. Corrimos como locos por el matorral, por las calles, atravesamos señales, años sin fin.

¿Para dónde corre ahora? "Ella me sabe suyo, me devora, me dibuja y me abandona, exhausto". Lo soborna con caricias y con moneditas. Viene pocas veces para que no se fastidie de ella, hasta un nuevo estímulo erótico, después se presenta en el cuerpo del muchacho de los ojos verdes, estampados en la hoja porosa del dibujo, el gesto retenido, distraídos, llenos de sorpresa.

La noche les llega con escrúpulos raros. Estaba ahora en medio de un bosque Indescifrable, pero sensible.

EL BOSQUE

La planta en el hombre creciéndolo verde. Por los cabellos enmarañados brotaron raíces al aire. Es cuando el hombre se descubre en el verde de la planta. Le podan ramas y él resiste. Tiene pecíolos escrutadores, está en la tierra, chupando, está en el agua, está en otra planta, parasitando, cogiendo moneditas, la araña tejiendo mantos. Concluye en que la naturaleza tiene modelos fijos, estancados, repetidos, y que es esa desorganización metodizada, en ese desnivel continuo, en cualquier incoherencia e injusticia que él encuentra al bosque de la que es parte, extendiendo raíces, tentáculos, ventosas, procurando afirmarse, a cualquier costo. Reflexionó: de las parasitarias, del lodo, no es raro, brotan las más vigorosas flores.

Las venas entumecidas se propagan en vellos por las hojas del cuerpo, en la palma de la mano, es una savia viscosa y nítida, fecundante, circulándole en vibraciones sensibles, aún de afuera hacia dentro, con espinas en las articulaciones, en la punta de los dedos. Su piel es tersa, el más joven pez, mas bien como un pétalo de la más fina flor, y responde según las conveniencias. Aliméntalo el aire impregnado de bacterias voladoras, el estiércol de los pastos y, en él destilados, las excrecencias se tornan faces rosadas, cabellos sedosos, la más esperada sensualidad. Cortado, es la savia que brota alegre y se duplica.

Era, entonces, un tronco, una rosa, un poema, todo ortiga y todo miel vegetal, o adormidera enebriante. Un privilegio su imperfección, su mutabilidad, su interrelación, su trascendentalidad: todo el bosque, todo el mundo era él, entero e irreversible. La fuga era inútil.

Rio de Janeiro, Julio de 1966.